

Una mirada feminista a la situación de las mujeres en el capitalismo: hacia algunas redefiniciones sobre trabajo y clase

A FEMINIST POINT OF VIEW OF THE SITUATION OF WOMEN IN
CAPITALISM:
TOWARDS SOME REDEFINITIONS ABOUT WORK AND CLASS

El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo

Silvia Federici

Madrid, Traficantes de Sueños, 2018

La publicación en español de *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo* (Buenos Aires, Tinta Limón, 2018; Madrid, Traficantes de Sueños, 2018) se da en el contexto de una fuerte revitalización del feminismo a nivel global y, en particular, de un *boom* de la obra de Silvia Federici. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, su libro más conocido, fue publicado por primera vez por Autonomedia en el 2004 y desde entonces ha sido traducido al menos a ocho idiomas y ha motivado un sinnúmero de campañas y actividades dentro del movimiento feminista, así como también de grupos de estudio y cursos universitarios. Esto no es una coincidencia casual, sino un caso notable en el que confluye un movimiento social bullente y el desarrollo de una teoría que lo inspira y a la vez intenta hacerse cargo de algunas de las preguntas que la práctica colectiva plantea.

El patriarcado del salario es una recopilación de cuatro textos de diversa proveniencia, pero que tratan el mismo tema central: el lugar del trabajo reproductivo como pilar sobre el que se sostiene el capitalismo y su organización del trabajo. Desde el enfoque de Federici, la clave para pensar estos asuntos estaría en retomar ciertos conceptos e ideas clave de Marx y a la vez redefinir los aspectos en que resultan insosteniblemente

estrechos. La autora resume de manera simple y precisa la larga historia de acercamientos y desencuentros entre marxismo y feminismo en el texto que el libro incluye a modo de introducción, y que corresponde a una conferencia realizada en Zaragoza en el 2017. Entre los puntos que el feminismo debe recuperar del pensamiento de Marx destaca la concepción de la historia como lucha de clases, que entiende que cualquier acercamiento a la historia desde una perspectiva universalizante termina reproduciendo la visión de las clases dominantes. Por otro lado, también resulta fundamental la noción no esencialista de la naturaleza humana, que la concibe como resultado de las relaciones sociales. Así, la naturalización de la feminidad puede entenderse como una de las formas ideológicas fundamentales de disciplinamiento patriarcal.

Pero es en el concepto de trabajo donde Federici pone el mayor énfasis, pues es respecto de ese punto que el feminismo ha hecho una crítica profunda de Marx, que apuesta por una redefinición que se haga cargo del lugar del trabajo no asalariado, especialmente del trabajo reproductivo, como parte esencial del desarrollo histórico del capitalismo. Especialmente sobre este asunto trata el segundo texto del libro, en el cual revisa detalladamente los pocos planteamientos que Marx hizo respecto de la relación de las mujeres con el trabajo y evidencia sus profundas limitaciones. La autora destaca un fragmento muy lúcido de *El capital* en que se reconoce que “nuestra capacidad de trabajar no es algo natural, sino algo que debe ser producido. Reconoce que el proceso de reproducción de la fuerza laboral es parte integrante de la producción de valor y de la acumulación capitalista” (14). No obstante esa lucidez, Marx consideró que la reproducción queda resuelta por la posibilidad del trabajador de cubrir sus necesidades con la compra de mercancías. Si en general en su obra apenas se refiere a la situación de las mujeres, esa ausencia llama más la atención cuando trata justamente el tema de la reproducción de la fuerza de trabajo. Marx simplemente no reconoce la existencia de todo un espectro de trabajo realizado principalmente por mujeres: el trabajo doméstico, la sexualidad, la procreación o el cuidado de hijos y mayores. Y no se trata de reclamar que se reconozca este trabajo por un asunto moral, sino de entenderlo como parte clave del trabajo socialmente necesario para la producción de mercancías, en la medida en que es lo que posibilita la disponibilidad y la calidad de la fuerza de trabajo.

Este aporte teórico del feminismo emergió en el contexto del movimiento de los años setenta, del que Federici formó parte como intelectual y

activista junto con otras mujeres pioneras como Mariarosa Dalla Costa y Selma James, especialmente con la campaña “Salario para el trabajo doméstico” (*Wages for Housework*). El primer texto del libro data de esa época y sirve para poner en contexto las propuestas de este grupo, que polemizaban no solo con los sectores conservadores, sino que diferían del enfoque tradicionalmente impulsado por la izquierda respecto de la lucha de las mujeres. En lugar de sostener que las mujeres deben salir de la casa e integrarse al “mundo del trabajo”, en este texto Federici y Nicole Cox (coautora) defienden la demanda de un salario por el trabajo doméstico como una estrategia para visibilizar y reconocerlo como tal, es decir, como *trabajo*. Esto significa entender en qué medida las mujeres amas de casa ya son parte de la clase trabajadora y que la ausencia de salario instaaura una división al interior de la clase que las deja en una segunda categoría. Así, las autoras sostienen que esta demanda “es una estrategia revolucionaria porque socava el rol que se nos ha asignado en la división capitalista del trabajo y en consecuencia alteras las relaciones de poder dentro de la clase trabajadora en términos más favorables para nosotras y para la unidad de la clase” (44).

La relectura histórica del capitalismo desde una perspectiva feminista que ofrece *Calibán y la bruja* aparece también en esta nueva publicación, en especial en el tercer texto, titulado “La construcción del ama de casa a tiempo completo y del trabajo doméstico en la Inglaterra de los siglos XIX y XX”. Federici sitúa ese momento clave en un continuo histórico: la devaluación del trabajo reproductivo y la degradación de la posición social de las mujeres que trajo consigo la reorganización sexual del trabajo propia del capitalismo. Si la caza de brujas de los siglos XVI y XVII fue el “momento fundacional” de ese proceso (65), la formación de la familia proletaria con una ama de casa a tiempo completo fue la cristalización de una segunda fase del capitalismo en Europa y Estados Unidos, en la que se instaaura lo que Federici llama el “patriarcado del salario”.

Cuando Marx escribía *El capital* esta nueva etapa apenas se insinuaba. Es en las últimas décadas del siglo XIX que comienzan una serie de reformas laborales que terminarían por cambiar estructuralmente la organización del trabajo: la salida forzada de las mujeres de las fábricas (especialmente de esposas y madres), su confinamiento en el hogar en labores reproductivas, mientras al proletariado ahora mayoritariamente masculino se le reducía la jornada laboral y se aumentaba su salario, pues ahora debía ser suficiente para mantener a una familia. Todo esto fue

necesario para el capital para contener la peligrosa fuerza que tomaba el movimiento obrero a partir de 1848, pero también por las nuevas exigencias del trabajo que surgía de la Segunda Revolución Industrial, marcada por el paso a la industria pesada del hierro y el carbón, que requería de un trabajador fuerte y productivo, y ya no del proletariado exhausto que trabajaba catorce horas diarias y apenas vivía hasta los treinta o cuarenta años. Con este cambio fundamental, las mujeres pierden su independencia monetaria, quedan relegadas a servir –sin límites horarios– física, sexual y emocionalmente al hombre de la familia y pierden también espacios de sociabilidad. Este nuevo régimen, sin embargo, permite que la fuerza de trabajo del hombre rinda más al capital, del mismo modo que la crianza de los niños aseguraba un flujo constante de trabajadores saludables y disciplinados. Así, la familia ya no es un núcleo social exclusivo de la burguesía y los sectores medios, sino que se instala también en el proletariado. Esta institución se vuelve una relación de producción central para el funcionamiento del capitalismo, pero es invisibilizada por la ausencia de salario y por la ideología que llama amor a lo que es trabajo no remunerado. Esta división no es solo funcional al capital en términos económicos, sino que introduce una divergencia de intereses al interior de la clase trabajadora que ha dificultado desarrollar una lucha unitaria. Esa es la estructura que desde los setenta el feminismo ha impugnado con fuerza, aunque desde un inicio las mujeres han resistido este orden.

Por último, lo que me parece más destacable del texto final es que expone con claridad la articulación profunda entre las luchas anticolonialistas, ecologistas y feministas. Y uno de los aspectos clave es la crítica al marxismo que dichos movimientos han levantado a lo largo del siglo xx, en la que evidencian que el foco exclusivo en la producción industrial resulta insuficiente para explicar el capitalismo a nivel global. En cambio, se ha vuelto cada vez más evidente la relevancia del lugar que ocupan y han ocupado históricamente las personas esclavizadas, colonizadas, no asalariadas, y especialmente quienes trabajan en el ámbito de la reproducción social. Hay una continuidad entre la devaluación del trabajo doméstico y el de los trabajadores colonizados y racializados, y es que el capitalismo ha sostenido diferentes regímenes de trabajo, encadenados globalmente de modo que se reduzca el costo de reproducción de los trabajadores asalariados. Usualmente el trabajo doméstico o el trabajo esclavo han sido considerados externos al capital

o formas atrasadas de trabajo, pero desde este enfoque vemos que son tan contemporáneos como el trabajo ultratecnologizado que se sirve de ellos. Y aunque evidentemente hay que hacer ciertas distinciones conceptuales entre estos diferentes tipos de trabajo –y en eso hay mucho por hacer–, todos están supeditados a la hegemonía de un capitalismo global. Parte de la lucha contra el capital pasa entonces por romper con esas jerarquías de la fuerza de trabajo que han sido legitimadas con ideologías sexistas y racistas, que dificultan una verdadera articulación de clase. De este modo, feminismo, anticolonialismo y ecologismo se articulan como partes integrantes de la máxima importancia en las luchas anticapitalistas y no solo como asuntos culturales, como a veces se los presenta.

Frente a ese diagnóstico, Federici apuesta por impulsar lo que llama la “política de los comunes”, entendida como “las diversas prácticas y perspectivas adoptadas por los movimientos sociales de todo el globo que buscan mejorar la cooperación social, debilitar el control del mercado y del Estado sobre nuestras vidas, alcanzar un mejor reparto de la riqueza y, en definitiva, poner límites a la acumulación capitalista” (86). A pesar del innegable aporte que ha significado para las luchas anticapitalistas y feministas, su opción por organizarse fuera del sistema partidario y alejarse de todo vínculo con el Estado resulta un tanto problemática, especialmente en tiempos como hoy en los que la amenaza del fascismo es cercana y real. Sin embargo, me parece que da en el clavo respecto de que la prioridad política es reconstituir un interés colectivo, y que para ello es necesario disputar las relaciones de poder al interior de la clase y reposicionar a las mujeres y a los pueblos racializados y colonizados. Para eso, en el gran debate del que participa el libro es clave preguntarnos cómo nos interpelan estas ideas desde América Latina, desde nuestra experiencia e historia.

DANIELA SCHRODER
danielaschb@gmail.com